

tu marido y con tus hijos? ¿estar lejos de ellos, es para ti un dolor y un peligro, hija mía! ¿y qué harán los pobres niños sin su madre?

Estas últimas palabras fundieron el hielo que cercaba aquel corazón orgulloso.

—¡Pobres hijos míos!—exclamó Angela, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.—¡Mi hermoso Raoul! ¡mi Luisa, tan bonita y tan viva! ¡oh, sí! ¡yo haré los más grandes sacrificios para poseerlos de nuevo! ¿Y crees, Germana, que yo no amo á mi marido? Es verdad que me ha olvidado un poco por sus trabajos, por su carrera; alguna culpa tiene él de las faltas porque me condena... mas en fin, ¿de qué me acusa? ¡de haber contraído deudas, y de algunas relaciones un poco ligeras, es verdad; pero tampoco tengo otras culpas!

—¿Y si consintiese en una reconciliación Leopoldo, aceptarías las condiciones que te impusiera?—preguntó Germana.

—Preciso sería... ¡la suerte de una mujer separada de su marido es muy triste!

—¿Puedo contar con tu promesa... con tu promesa positiva?

—¡Te digo que sí, hermana mía!

—Pues bien; esta misma tarde iré á ver á madams de Emmeryn.

—¡Ah, hija mía!... ¡ah, mi buena Germana!—exclamó madama Darboys, que habia seguido ansiosamente este diálogo,—¡qué reconocida te estoy!... ¡Devuelve á tu pobre hermana su posición, su marido, sus hijos!...

¡Esa será la más bella obra de tu vida!

—Si el éxito depende de mí,—respondió Germana abrazando á su madre,—no estaréis largo tiempo inquieta, mi querida mamá, porque yo también anhelo que Angela sea feliz.

## XVI

## Horizontes puros

La conversación de Germana con madama Emmeryn duró largo tiempo.

Sólo con gran pena y á fuerza de instancias y de súplicas afectuosas habia obtenido al fin la joven el éxito de la causa que defendía con tanto calor y con lágrimas tan sinceras.

—Si lo hago será por vos, Germana,—dijo al fin la madre de Leopoldo:—si no os quisiera como á una hija, si no deseara daros en una circunstancia tan grave una muestra de mi afecto, hubiera persistido en mi negativa, porque aprobaba la resolución de Leopoldo respecto á vuestro hermana. ¡Vos



no sabéis, por qué él no lo ha dicho más que á mi, hasta qué punto esa mujer le hacia desgraciado! Corazón afectuoso, no ha encontrado correspondencia; hombre de orden y de honor, ha visto la confusión de sus negocios, el desorden en su casa y en su vida, y su crédito manchado por deudas locas! Celoso de la pureza de su nombre, ha visto á Angela ir á todas partes con mujeres de reputación perdida, haciéndose ella misma objeto de la crítica y de las bromas de los maldicientes. Padre tierno é ilustrado, ha visto á sus hijos abandonados á cuidados vulgares, á educación de antesala, y estos son sólo los grandes rasgos del cuadro; si entrase en los detalles...

—Angela se arrepiente; reconoce la justicia del descontento de su marido y se corregirá.

Madama de Emmeryn meció tristemente la cabeza.

—Angela ha sido mimada desde su infancia,—dijo;—sus defectos datan de la preferencia de vuestra madre; el egoísmo y el orgullo son los graves defectos de carácter, y esa pobre madre ha sido castigada por la hija de su predilección.

—Mi madre se une á mi para imploraros por Angela, señora;—exclamó Germana estrechando las manos de Mme. Emmeryn.

La madre de Leopoldo quedó pensativa.

—¿Puedo asegurar que Angela se corrija y cree á mi hijo una vida soportable?—preguntó al fin.

—Sí, señora,—contestó Germana,—así lo espero. Mi hermana no había sufrido jamás; ahora sufre mucho, ahora echa de menos á su marido, á sus hijos... la desgracia es una gran escuela de reflexión. Señora, yo tengo ya vuestra promesa, ¿os dignaréis escribir á Leopoldo?

—Haré más: iré á París.

—Angela promete someterse á todas las condiciones.

—Se lo diré á mi hijo.

—¡Ah, señora, decidme si tenéis alguna esperanza! ¿Puedo llevar algún consuelo á mi madre?

—Mi hijo no me ha rehusado nada jamás; pero en un negocio tan grave, en el que su nombre y el porvenir de sus hijos está comprometido, no sé lo que hará.

—¡Esperemos y roguemos á Dios!

—Veo que vais á ganar el cielo para vuestra causa, Germana. Recomendadle á Angela, que bien necesita de vuestros ruegos.

Separáronse, y Germana volvió á su casa como la paloma, llevando el ramo de la esperanza; sus palabras fueron acogidas con entusiasmo por su madre, con una gratitud confusa por Angela. El alma de la joven, petrificada de orgullo, no quería mostrar las angustias de que estaba devorada. Creía vencer el dolor desafiándole; pero en el silencio de la noche, cuando pensaba en su porvenir perdido, en la vida que se extendía tan larga delante de ella, y que hasta la tumba se hallaría sola, siempre sola, sin mari-



do, sin hijos, sin consideración, entonces esta alma perdía su tensión, las lágrimas corrían y humedecían la almohada, el sueño huía ante estas tristes imágenes, y algunas veces se le escapaba este grito de súplica:

—¡Dios mío, tened piedad de mí!

La vanidad, herida, cerraba los labios de la joven delante de su madre y de su hermana: pero cuando estaba sola se abrían para rogar á Dios, padre de todos los afligidos.

Todas las noches de Angela estaban turbadas por las penosas ideas que se reproducían hasta en sus sueños: se levantaba antes de la aurora, y veía los primeros rayos del sol herir los cristales: oía en el silencio de la mañana los primeros cantos de la alondra que se elevaban en el bosque y los gritos melódicos de los mirlos que se llamaban y saltaban de un árbol á otro.

Una mañana estaba de pie al lado de la ventana, abierta, mirando distraidamente las bellezas de la campiña, cuando de repente vió á Germana que, con paso ligero, atravesaba el jardín, y tomaba el camino de la iglesia. El último toque de misa resonaba en el pequeño campanario como una voz que llamaba dulcemente y que decía:

—Venid, antes de los trabajos del día; venid al altar; todos los que estáis tristes y fatigados, venid y descansaréis en mi seno.

—Voy yo también,— se dijo Angela,— la mañana está hermosa, y el aire puro refrescará mi cabeza.

Buscó de prisa su sombrero y su chal, y buscó también al derredor suyo un devocionario; pero no le halló. No importa, la campana la llama: sale de su estancia, atraviesa el jardín brillante de rocío, sube por el sendero que cruza la campiña, y llega á la pequeña iglesia, baja y sombría, pero rodeada de su pequeño y verde cementerio.

La misa estaba empezada: dos ó tres aldeanos, algunos ancianos, algunas jovencitas y unos cuantos niños que se preparaban para la primera comunión, formaban la asistencia. Germana estaba delante y en su sitio habitual, y no vió á su hermana que se arrodilló en el fondo de la iglesia asombrada de encontrarse allí.

Angela no rezó mucho; pero se calmó en aquella tranquilidad; pensamientos dulces y serenos llegaron á su alma como un tropel de pajarillos: pensó en sus hijos y pensó en su marido sin colera ni amargura: cuando llegó la comunión, Germana se levantó y fue á la santa mesa.

Angela, que desde hacía largo tiempo había olvidado las costumbres de la vida cristiana, quedó asombrada y se preguntó qué fiesta tenía lugar aquel día: más no se podía engañar; ninguna solemnidad particular había inspirado la piedad de Germana: era un viernes, un día ordinario y era preciso que la comunión fuese para madama Legléve una necesidad del alma, una dulce costumbre, para que fuese á recibirla cuando la



iglesia no convidaba con sus pompas al sagrado banquete.

La expresión del semblante de Germana cuando se levantó, asombró más á la joven: aquel rostro dulce y encantador resplandecía de alegría. parecía que llevaba escritas en todas sus líneas las palabras sagradas: *¡He hallado al que mi corazón ama!*

—¡Qué feliz parece!—pensó Angela.—¡Jamás la he visto esa cara tan radiosa!

Durante un rato reflexionó aún en silencio. Aquellas reflexiones valían una oración: eran meditaciones que del suelo elevaban su alma á las regiones celestes.

Antes de salir Germana rezó largo rato: su hermana se le reunió en el atrio y ella la miró contenta y sorprendida. Germana no se hallaba ya en el Thabor, pero su fisonomía tenía siempre una dulzura y una franqueza atrayentes.

—¿Has querido aprovechar tan bella mañana, hermanita?—le dijo abrazándola.

—Sí,—dijo Angela; y después de un corto silencio, añadió:

—¿Comulgas con frecuencia, mi querida Germana?...

—Sin duda.

—¿Y hallas placer en eso?

—Mucho. La comunión es mi sostén y mi mi fuerza; si tengo algunas penas, algunas dudas, se las confío á Dios: y El las disipa.

—Eres muy dichosa.

Angela calló, y su hermana la dejó entregada á sus pensamientos.

—Con quién te confiesas?—le preguntó bruscamente.

—Con el Párroco.

—¿Es bueno?

—Ya lo has visto: es un anciano lleno de luces y de experiencia.

—¿Pero es indulgente?

—¡Sí, es muy bueno... es un padre!

Las dos hermanas llegaron al jardín. Los niños, frescos como capullos de rosa, corrieron á buscar á su madre. Angela miró un instante este grupo, enlazado en un delicioso abrazo, y después volvió la cabeza y se fue precipitadamente á su cuarto.

El resto del día permaneció silenciosa, pero al anochecer, después de la comida, pidió á su hermana un libro de oraciones. Germana le abrió su pequeña biblioteca sin hacerle ni una observación.

Dos días después, en el momento en que muy temprano entraba en la iglesia vió salir del carcomido confesionario del anciano cura un pliegue de tafetán gris, y la punta de una manteleta de seda negra, que le era bien conocida.

Las lágrimas llegaron en tropel á los ojos de Germana. Dejóse caer de rodillas y jamás himno de acción de gracias ha salido de un corazón más profundamente agradecido. Ninguna alegría de la tierra se puede comparar á esas súbitas iluminaciones, que nos hablan de las prodigiosas revelaciones de Dios, como rayos de luz que hacen presentir una vida mejor.



Germana no quiso esperar á que saliese su hermana, porque temía todo lo que pudiese inspirar alguna desconfianza á aquel corazón receloso; mas apenas llegó á su casa, Angela fue á su encuentro. La joven parecía también dichosa.

—¿Me has visto?—le preguntó.

Germana la abrazó y la besó muchas veces en la frente, con la ternura de una madre para su hijo.

—Te he visto,—respondió,—y he dado mil gracias á Dios: ¿verdad que ahora estás más tranquila?

—Sí,—respondió Angela,—estoy satisfecha de mí: se lo he confiado todo á ese buen Sacerdote, que me ha consolado y fortalecido; me ha dicho que vuelva dentro de ocho días: quiero contarle toda mi vida, desde mi primera comunión... Ahora veo claro en muchas cosas que antes no veía.

Germana no quiso preguntarle nada; temía comprometer la obra divina, el trabajo delicado, que el Soberano artífice operaba dentro de esta alma. Durante todo el día, Angela fue más cordial y más amable que ordinariamente, y usó con madama Darboys un tono de deferencia, al cual ésta no estaba acostumbrada. Por la noche, dijo la joven á su hermana:

—El Párroco me ha exigido que escriba á mi marido, y ya lo he hecho: me he humillado, y esto, te lo confieso, me ha costado mucho.

—¡Valor!—contestó Germana,—Dios re-

compensará esta victoria que has alcanzado sobre tí misma.

—¿Y me volverá mis hijos?

—Roguémosle para alcanzarlo.

—¡Tengo tanta ansia por verlos! ¡Ah! ¡Germana! ¡en tu casa he aprendido á conocer la dicha! ¡Dios me lo había dado todo, y yo no he conocido el precio de nada!

—Ten confianza. Dios te puede devolver esos bienes, que sabrás apreciar en adelante.

—¡Tengo tan poca esperanza! ¡ya ves que la madre de Leopoldo no contesta!

Nada era más cierto: los días se pasaban sin llegar la deseada carta, y Germana pensaba sin atreverse á decirlo, que Leopoldo no había cedido á las instancias de su madre, y que ésta no tardaría en notificar una sentencia irrevocable.

Madama Darboys se afligía en secreto, tanto más, cuanto que hallaba á su hija más amable y más afectuosa que nunca, y Angela no ocultaba ya sus angustias.

Quince días se habían pasado desde la partida de madama de Emmeryn, sin que ésta hubiera dado noticias suyas, y la esperanza iba dejando lugar á un profundo desaliento.

—¡Ha despreciado mi carta y mis ruegos,—decía un día Angela á su hermana;— ¡jamás lo hubiera creído de él, que tanto me amaba!

—¿Te arrepientes de haberle escrito?

—No; á lo menos no tendre que reprocharme el haber dejado de hacer cuanto ha



estado de mi parte para una reconciliación.

—¿Y si Leopoldo persiste en su resolución, que harás?

—Alquilaré una casita vecina á la tuya, y rogaré á mamá que se venga á vivir conmigo; tengo que reparar muchas sinrazones con ella. Quizá Leopoldo me dejará ver de cuando en cuando á mis pobres hijos.

Angela se detuvo ahogada por el llanto; se adivinaba que su corazón estaba desgarrado. Germana la abrazó, pensando que muchas faltas podrían ser expiadas por tan amarga pena.

—¿Creerás,—prosiguió Angela,—que desde que Leopoldo se muestra tan severo para mí, se me figura que le amo más que nunca? ¡le temo, le respeto, y le amo con todo mi corazón! ¡Ah Germana! ¡si él volviese á mí, me hallaría muy cambiada!

Angela suspiró; y por un movimiento de íntima ternura que no había tenido jamás, apoyó la cabeza en el hombro de Germana.

—Hermana mía,—añadió,—mi buena hermana, tú eres muy dichosa y mereces serlo. Estoy segura de que Valentina es dichosa también. Sólo yo...

—Os anunció una visita,—dijo Armando abriendo bruscamente la puerta-ventana que daba al jardín. ¿No has oído llegar un coche Germana?

—No, amigo mío; estábamos hablando.

Angela se había levantado: un presentimiento la agitaba, y estaba pálida y temblorosa. Un hombre llegaba tras los pasos de

Armando. Las dos hermanas exclamaron á la vez:

—¡Leopoldo!

Este recibió á su mujer en sus brazos, y la estrechó con fuerza sobre su corazón.

—¿Me perdonas?—dijo la joven con voz débil.—¿Puedes perdonarme?

—¡Todo!—respondió monsieur de Emmeryn.—¡Tu carta todo lo ha borrado!

—¡Es cierto lo que te decía en ella!

—No he venido solo,—observó Leopoldo;—¡mira!

Luisa y Raoul, que habían acompañado á su padre, se ocultaban detrás de éste.

Madama Darboys y madama de Emmeryn entraban en aquel instante.

—¡Yo estoy en el Paraíso!—exclamó la pobre Angela juntando las manos.—¡Oh, Leopoldo, qué bueno eres!

Angela abrazó á sus hijos con pasión, y llevándolos después hacia Germana les dijo les dijo con ternura:

—¡Abrazad á vuestra tía y amadla mucho, hijos míos! ¡á ella se lo debo todo!

Después, levantando los ojos hacia su madre, que la miraba dichosa con su dicha, le tomó la mano, y le dijo con ternura:

—¡Cuánto tengo que reparar, mamá mía, y cuánto tengo que amarte!

Cuando ya estuvo más tranquila se sentó entre su madre y madama de Emmeryn, y dijo á Lopoldo con aquella gracia suave y elegante que ponía en todo.

—¡Dicta tus condiciones!



—Espero que serán de tu agrado,—dijo Leopoldo,—saldremos de París.

—¡Qué dicha!

—Nos quedaremos en Tours, para donde acabo de obtener una plaza, y viviremos tranquila y dignamente, ¿te parece bien?

—¿Puedes dudarlo?

—Luisa se educará en Marmontier, donde lo fueron tus hermanas: Raoul irá al colegio de Pont-duroi, ¿lo apruebas?

—Cuanto tú hagas, con tal que yo los vea con frecuencia... ¿y mamá vendrá con nosotros?

—Ese es mi mayor deseo,—contestó Leopoldo.

—Alto aquí,—interrumpió Armando,—reclamo por mí y por mi mujer.

—Viviré una temporada con Angela, y otra con Germana,—dijo madama Darboys con voz conmovida,—¿no las amo igualmente á las dos!

Sus dos hijas la abrazaron en silencio: cuando los corazones hablan la palabra expresa poco; y no se necesita.

Germana, contra su costumbre, veló hasta muy tarde aquella noche, porque sentada delante de su buró, escribía á Valentina la narración de todo lo sucedido.

*¡Qué bueno es Dios!—decía al terminar.—  
¡El, por su delicada misericordia, ha dado á nuestra familia más dicha de la que podía esperar! Nuestra madre, madre ya verdadera para tí y para mí, porque las dos no hacemos,*

*como siempre, más que una sola, acabará sus días rodeada de ternura y de respeto: nuestra hermana, instruída acerca de sus deberes, purificado el corazón por una conversión verdadera, será para Leopoldo y para sus hijos, todo lo que pueden desear; yo misma veré mi felicidad acrecida por la suya, y ya en este momento, siento una paz tan deliciosa, un amor tan inmenso hacia Dios, y hacia todos los que me mandan amar, que sólo en el cielo puedo ser más feliz.*

*Demos gracias á Dios juntas, mi bien amada Valentina; yo quisiera que esta carta estuviera ya en tus manos, á fin de que las dos pudiésemos tener el mismo pensamiento, expresar las mismas acciones de gracias, y decir de común acuerdo y desde lo íntimo del alma:*

*¡Dios es bueno y todo misericordioso!*

FIN.